

ó aumentad mi capacidad para recibirlos.»

El celeste amante más y más enamorado de su querida, porque comió excremento y bebió aguas inmundas, hizo de ella su legataria universal ante notario; la elevó hasta el rango de mediadora entre el cielo y la tierra, y la trasfirió su misión de Mesías; pues bajo su dictado fué como ella escribió un quinto Evangelio en que reveló al mundo la nueva encarnación de la divinidad en el *Sagrado Corazón*.

¿Qué era en realidad el culto nuevo, sinó el antiguo culto de Pallas, disfrazado sin duda y colocado en el piso superior para ostentar la delicadeza de un misticismo refinado que nada quiere oír sinó con la condición de que se hable en el idioma ya convenido? Penetrad en el fondo de ese culto, y ¿qué encontraréis?

Cuando el arzobispo Scipión Ricci preguntó á una religiosa inflamada de Prato, porqué había hecho un uso obsceno de la hostia consagrada: «Es,» respondió ella, «porque yo creía en la presencia real.»

¿Quién era, empero, el confesor de María Alacoque? Era un jesuita, el reverendo padre la Colombiere. Y ¿qué pasó entre esa mujer histérica y ese celibatario fermentado? Sólo el Dios de las sombras puede saberlo.

La devoción del *Sagrado Corazón*, esta exhalación insana de un desorden sexual, repercutida en el cerebro de una mujer visitandina, tenía en el pensamiento de la Compañía de Jesús, una adhesión íntima con el culto de María. El *Sagrado Corazón* de la Virgen, iba, muy pronto, á ocupar un lugar fronterizo al *Sagrado Corazón de Jesús*.

## XIV

El Dios cristiano es un Dios en tres personas. El Padre no es ya, á decir verdad, sinó un Dios honorario, porque ni se le tributa culto, ni se le erigen, siquiera, capillas: el Espíritu Santo no figura, sinó por memoria en la Trinidad. El Cristo concluyó por acaparar la Iglesia, y tiene, con justo título en nuestra opinión, sobre Jehová la superioridad del Evangelio sobre la Biblia. La Biblia recortada; el Evangelio alargado. La primera, con la talla de la Judea; el segundo, con la de la humanidad.

Tal sociedad, tal religión. El hombre ha hecho siempre á Dios, á su imagen. A una sociedad agonizante que no aspecta vivir sinó para sufrir, le es necesaria, como hemos dicho, un Dios que, por sí mismo, haya sufrido; y bajo este concepto, el Cristo en la cruz convenía á la Edad Media; pero no era conveniente, de la misma manera, á la sociedad moderna que había hecho del trabajo, otro redentor, y del bienestar, otro paraíso.

El jesuitismo ha sentido la necesidad de desarrollar el dogma del siglo XIII, acomodándolo á una cristiandad enriquecida que está ganosa

de creer, pero que no se desdena de gozar. Ha separado el Cristo halagador, y no ha conservado sinó un trozo que adora bajo el nombre de *Sagrado Corazón*, sustituyendo, á la sordina, el culto de María al culto de Cristo. Una diosa le ha parecido que sería más agradable. El niño podía ver en ella su madre, la mujer contemplar allí la apoteosis de la mujer, el anciano, todavía más que ver, volver á ver en imaginación; porque hay en todo corazón ya adormecido, un resto de ceniza caliente, y ésta es la que el jesuitismo remueve, y sobre la que sopla para revivirla.

«Si María no es hija natural de Dios,» dice el padre Eusebio Nieremberg, «puede titulársela, su hija adoptiva. La Trinidad ama á la madre de Dios, no sólo porque el Padre Eterno la considera como su hija, el Hijo como su madre, y el Espíritu Santo como su desposada, sinó porque todos tienen á María como el lazo común de las tres personas Divinas en el paraíso, donde todos ellos se solazan y se divierten.» En fin, María, según la opinión del reverendo padre, se aproxima tan de cerca á Jesús, que le sirve de antifaz, en más de un concepto, y cuando se levantan los ojos al cielo, no es ya á él á quien se contempla, sinó á ella.

Los jesuítas han derivado de esto, por un sesgo forzado de aritmética, una cuarta persona de la Trinidad, y debemos confesar que ella tiene el derecho de contar por cuatro, según la manera con que se prodiga desde que está delegada para hacer milagros.

Una señorita de edad respetable y de jocosos humor escala, un día, una montaña *del Delfi-*

*nado*, vestida de amarillo, con una mitra de igual color en la cabeza, y se presenta de improviso á un joven pastor y á una pastorcilla, diciéndoles en francés, que su hijo está descontento de los delfineses, porque comen de carne los viernes. Los niños menean la cabeza porque no comprenden el francés.

Entonces la buena virgen les anuncia, en patuá, que las nueces serán vanas aquel año, en castigo de los pecados cometidos en el departamento de Ysere. Los niños, al volver á la aldea, refieren la aparición de la dama color junquillo, y hé aquí el milagro realizado, sin que quede otra cosa, que explotarlo.

El clero construyó una capilla en el recinto del milagro, bajo la invocación de Nuestra Señora de la Saleta; y se llamó á la multitud en peregrinaje. Había, según se dice, un manantial seco en las inmediaciones; el paso de la santa virgen despierta la náyade adormida, y el agua empieza de nuevo á brotar. Los empresarios del milagro la colocan en botellas, y la venden á cinco francos una, para el consumidor.

El emplazamiento escogido por la madre de Dios era demasiado alto en la montaña, y el camino de hierro se hallaba muy distante. Había ventaja en trasportar el milagro á la llanura, al pié de los Pirineos, y se situó al alcance de esas numerosas emigraciones de enfermos vacilantes que acuden, cada año, á tomar aguas termales, y un nuevo abono para recobrar la salud.

Una mujer casada se paseaba una tarde por la campiña de Lourdes al brazo de un oficial de caballería; hizo el encuentro de una joven va-

quera que hubiera podido charlar, y con el fin de cerrarle la boca, la dijo con un tono inspirado: «yo soy la virgen María;» y hé aquí un segundo milagro realizado en condiciones hidráulicas más ventajosas que el primero: la fuente de Lourdes produce un volumen de agua infinitamente superior al manantial de la Saleta; y el clero construye encima de la colina una iglesia monumental, como para escribir, en letras mayúsculas, la autenticidad del milagro.

Los muros de la capilla y las paredes de la fuente ostentan á las miradas los ex-votos de todas las enfermedades incurables, sanadas por la virtud siempre milagrosa de la fuente: y en fin, tres ó cuatro conventos surgen instantáneamente del suelo á la cima de las inmediatas alturas, como otros tantos testigos de piedra labrada, apostados para certificar la residencia, como puesto fijo, de la Virgen en el valle de Lourdes, y donde los trenes de placer de la compañía del medio día descargan constantemente caravanas de peregrinos.

Dios ha cambiado de sexo: era hombre, y helo aquí mujer. La fiesta de Cristo no dura sinó un día; y la fiesta de María se extiende á todo un mes; y ¿qué mes? El más florido, el más embalsamado por el jazmín y las rosas, para ofrecer en este culto de la diosa, una ciencia profunda del corazón humano.

El culto de la Virgen lo ha invadido todo, y todo lo ha absorbido en el mundo devoto. Las calles, las plazas, los paseos rebosan de muchachos consagrados á la Virgen, blancos de la cabeza á los piés, blancos de vestido, de calzado, de peinado,

La antigua religión tenía su majestad, el jesuitismo ha hecho de ella una superstición, porque sólo con la superstición puede operarse sobre la debilidad ó sobre la decrepitud. Pero el culto, para el jesuitismo, no es más que un medio; el fin es la dominación. El fija su vista, antes que todo, en el poder; y todavía más, el poder universal, porque la secta de Loyola es el elemento más internacional que ha existido jamás. El jesuita, lo hemos dicho ya, no es ni francés, ni inglés, ni belga, ni chino, ni cochinchino; es sólo jesuita, y por serlo solamente, es el contrapié de la civilización. El quiere convertir la humanidad al estado de inocencia del Paraguay.

Hace ya ochenta años que la Europa se ha desconcertado, y sigue trastornándose cada día más. En otro tiempo, casi no había producción, hoy se produce; apenas se pensaba entonces, y hoy se reflexiona. El reino del trabajo atrae al de la inteligencia; el de la inteligencia impulsa al reino de la libertad; y este último, arrastra consigo el triunfo de la igualdad; pero este desencadenamiento de poder irrita todo cuanto existía, más ó menos, con carácter de monopolio.

El jesuitismo, no puede rehusársele este mérito, tiene el dón de la progenie á la vez religiosa y mundana. El ha recogido todos los espíritus morosos, todos los descontentos de la Revolución, todos los enemigos de la libertad, todos los lisiados del privilegio, todos los poltrones del pensamiento, todos aquellos, en una palabra, que temen mirar de frente á su siglo, y vuelven atrás la cabeza; él los ha asociado, y

reunido en cuerpos, bajo la designación de partido conservador, ó con más propiedad nombrado, *partido clerical*.

Estos enemigos de la víspera, que volverán á ser los enemigos de mañana, no pudiendo encontrarse en ninguna otra parte, se dan cita para la iglesia. Pero este movimiento de reacción religiosa no data de hoy, y es preciso remontarnos á más remota fecha. para comprender bien su alcance.

En el siglo xviii, la nobleza dió el primer impulso á la incredulidad. La filosofía predicaba en los salones, y empezó la conversión de la Francia por los marqueses. Se consideraba como más completo hidalgo ó castellano, según la rechifla que se hiciese del cristianismo. Los primeros jacobinos que prepararon teóricamente la Revolución, eran barones, condes, príncipes, reyes mismos, amigos, corresponsales, protectores y protegidos de D'Alambert, Rousseau, Diderot y Voltaire. Ferney daba la lección á toda la Europa.

«Yo me privaría menos de trabajadores que de filósofos,» decía el emperador José II al abate Carti. «Acabo de visitar conventos de religiosas, y mientras que llegue la hora de suprimir estos establecimientos de piadosa inutilidad, envío á las santas jóvenes que los habitan, suspirando, ¿sabéis qué? piezas de tela para que hagan camisas á mis soldados.»

La antigua gerarquía monárquica y nobiliaria era, pues, francamente incrédula, desde el trono hasta el último castillejo, convertido en palomar. La Enciclopedia, esta impiedad de tan elevado precio, no había, casi, encontrado lec-

tores, sino en las residencias señoriales; y cuando, más tarde, el terror hizo arder los castillos, lo ejecutó con las hojas destrozadas de la Enciclopedia.

La burguesía, por el contrario, era generalmente devota, sobre todo en provincia; su piedad podía ser sospechosa de Jansenismo, pero no parecía menos fuertemente adherida á los dogmas de la Iglesia. La familia burguesa le hacía modestamente su saludo formulario, sin prestar oído al murmullo lejano de la Filosofía. Algunos años después, la Revolución, hija de la Enciclopedia, llegó, para destruir las instituciones diez veces seculares del vandalismo, para vender en subasta los bienes amortizados y amonedarlos en las manos de los siervos antiguos, para suprimir, en una sola noche, los diezmos, los censos, las innumerables exacciones de los señores, inutilizar los privilegios de nacimiento, romper los blasones y hacer encorvar todas las frentes bajo el nivel de la igualdad.

¿Qué hizo la nobleza? Por la misma razón que se pasó, en el siglo xvi, del catolicismo al protestantismo, y en el siglo xvii, del protestantismo al catolicismo, se agarró al girón de la Iglesia, en odio al principio democrático que antes la había despojado de sus privilegios. La religión, batiendo palmas al ver á semejante arrepentida á sus plantas, hizo alianza con ella, y combatió bajo la misma bandera, contra la clase emancipada y enriquecida por la Revolución. Y á consecuencia de este contrato de unión, la burguesía, hasta entonces religiosa, al ver á la Iglesia renegar de la Revolución, negó á la Iglesia.

La burguesía volvió á apoderarse, en tiempo de la Restauración, de todos los argumentos de la hidalguería volteriana contra la doctrina del cristianismo, llegó á ser marquesa bajo este concepto, é hizo burla de los refranes de Beranger. Ella reimprimió y distribuyó el *Diccionario filosófico*, en todos tamaños y bajo todas las formas; dió silbas á la piadosa mascarada de las misiones, y alentó, con el buen éxito de las ventas, que es el sufragio de los escudos, todas las publicaciones hostiles al catolicismo. El partido del pasado quiso volver á encauzarlo en el régimen del privilegio, de acuerdo con la religión, y ella abjuró de la religión para escapar del régimen antiguo.

Durante esta lucha del liberalismo contra la Iglesia, el pueblo, especialmente en los campos, se mantuvo creyente, porque como no estaba directamente interesado en la querrela de los nobles y burgueses, guardaba modestamente la fe de sus padres que descansaban á la sombra de su campanario.

Algunos años después, la revolución de febrero suprimió el monopolio político de la burguesía, con tanta facilidad, y por la misma razón con que la burguesía había suprimido los privilegios de la nobleza; y, entonces, la clase media, humillada por su derrota, tendió sus manos, calientes todavía con sus aplausos, á la incredulidad respecto de la religión que se consideraba siempre vencida cada vez que se realizaba una victoria por la democracia.

La burguesía y la Iglesia firmaron un tratado de seguro mutuo; y asociaron por primera vez, con gran sorpresa del Evangelio, á la riqueza

con la religión. La riqueza votó por la religión, y la religión por la riqueza, y á fin de que resaltase la jubilación absoluta de Israel en esta nueva alianza, M. Rothschild hizo un empréstito de algunos millones al papado.

Pero el pueblo, hasta entonces, simpático á la Iglesia, porque ésta imprimía cierta dignidad á su vida, aunque no fuese sinó con tocar la campana para su bautismo ó su matrimonio, viendo al clero desertar de su propia creencia, levantar la espada de su palabra en favor del rico contra el pobre, y por una amarga irrisión, en nombre del Dios de los pobres, hacer de un Cristo que no poseía ni siquiera una piedra para reposo de su cabeza, el Dios de los banqueros, empezó, desde entonces, á revindicar por su propia cuenta todas las dudas, todos los sarcasmos que la aristocracia primero, y la burguesía después, le habian legado. El releyó el Evangelio en la traducción del socialismo; y con la Escritura en la mano, proclamó la irreligión del clero.

«*Es preciso encanallar la incredulidad,*» ha dicho de Maistre, y esa sola expresión es el complemento de aquella otra palabra del mismo escritor: «*¿qué cosa es eso, sinó un pueblo? Un rey es una aristocracia.*» Y siendo esto así, la religión no será en lo adelante sinó un artículo de buen tono como un palco en la Ópera, ó un paseo por el bosque de Bolonia. ¿Cuántos cuarteles de nobleza, ó rentas sobre el Estado serian necesarios para tener el derecho de adorar al Dios de humildad y de pobreza? No podrá por tanto dirigirse nadie al paraíso sinó en callesa descubierta: y la penitencia de las Magda-

lenas de alta alcurnia deberá hacerse con vestido de terciopelo guarnecido de encajes y collar de diamantes ceñido á un cuello artísticamente preparado para ser mejor admirado por los observadores.

Cuando suena para un hidalgo vulgar la hora de enviar su hijo á un colegio, él, de acuerdo con su familia, lo entrega á un establecimiento de la Compañía de Jesús. El educando recibe allí una instrucción cualquiera: mucho latín, un poco francés, un poco de aritmética y algo de geografía, con la suficiente noción de historia para haberla olvidado á los tres cuartos de hora. Sale, pues, de allí sin saber una palabra de filosofía, y mucho menos de ortografía, diciendo para sí, que, después de todo, la ortografía no es más que la memoria del ojo, y que en otro tiempo un caballero no tenía nada que envidiar, bajo este concepto, á su cocinera; pero, en revancha, se le ha enseñado á repetir veinte veces al día *Deo gratias*, y á escribir, de cuando en cuando, una carta á la Virgen María.

Practicada su emancipación del colegio ¿se dirige acaso, al laudable fin de dar testimonio de su progreso, á pagar su deuda á la sociedad, á entrar en el gran laboratorio nacional de la ciencia, del arte ó de la industria? Nó, porque creería degenerar, convirtiéndose en un Laplace, James Walt, Mozart ó Dupuytren. La ociosidad le parece la principal prueba de nobleza, y cuando más, consiente en tomar servicio en el ejército, ya que, en otro tiempo, matar ó ser muerto era el oficio por excelencia.

Monta á caballo, caza, fuma, juega y el mejor empleo que hace de sus noches es pasarlas al

borde de un tapiz verde: y le sucede algunas veces, en horas de ardor juvenil, pagar su cuota proporcional de los gastos de cierta Cleopatra de Vandeville que se presta á tener en los entre actos de su retrete, espíritu para dos, y distraerlo de sus efervescencias, por dinero contante, sobre el crédito abierto al caballero por un usurero.

Llega la muerte del padre, pero deja un patrimonio tan mellado, que el heredero no puede aceptarlo sinó á beneficio de inventario. Busca, entonces, para casarse el ideal de la mujer: encuentra un millón, y se casa con él, gracias á la agencia matrimonial á cargo del clero. No hay en el convento heredera alguna que no sea conocida, ni deje de estar destinada á un barón, en las manos de los ugières. ¿Cuál es, por otra parte, la hija de un tendero enriquecida y educada en la esquisita tela del *Sagrado Corazón* que no sueñe estampar aunque sea una corona de vizcondesa sobre una hoja de papel de carta, y dar á luz un vizconde?

Cuando el marido de la particula, ha recibido la dote ganada en la zurcidura ó filatura de sus piadosos agentes, da curso á todos sus gustos de arqueología y gazmoñería de la Edad Media. Restaura el muro feudal con frecuencia desfigurado por un abuelo menos anticuario para dar comodidad á las habitaciones, demuele techos para alterar las canales, rehace las ventanas para cambiarlas en ojivas, suprime los techos de yeso para reemplazarlos con vigas al descubierto y pintarlas de azul marino sobre blanco argentado, y cubre de nuevo sus paredes con tapicerías que parodian pieles de Córdoba.

Después de haber convertido de esta manera la mansión hereditaria en la ortodoxia de estilo gótico más puro, la amuebla cual otro museo de Chuncy, amontona en él un pot-purri de cofres, aparadores, escabeles, credencias, pilas de agua bendita, esmaltes, porcelanas, dipticas, tripticas, ballestas, arcabuces, halcones, etcétera, etc., lee su periódico, cuando alguno recorre, al pié de los retratos de barba larga y á la sombra de las armaduras de los antiguos caballeros reunidos sobre el malcón ferrado, y levantando los ojos hacia esas reliquias de otra época, dice para su interior: ¿ese sí que era buen tiempo!; después contempla amorosamente una litografía del conde de Chambord, y suspira: ¿por qué no he tener yo un hijo para bautizarlo con el nombre de Enrique? Pero á falta de aquél, y no teniendo sinó una hija, la hace nombrar Enriqueta.

Hé aquí lo que la educación clerical ha llegado á hacer del hombre nacido hidalgo: un yo no sé qué, un sér oscurecido, rebajado, nulo para la ciencia como para el trabajo, un joven anciano de seiscientos años, sin patria en su siglo, esta patria del tiempo no menos sagrada que la del territorio; y ese digiere, ó bosteza, ó distrae su hastío de la perrera á la caballeriza, sin tener otra necesidad que satisfacer que un perro corredor de Saintonge, ó un caballo alazán dorado, y ese se remueve, habla, se le oye, se cree sentir su voz y no se escucha sinó la nota cavernosa de un ataúd en el fondo de una fosa. La muerte podrá recoger de nuevo á este escapado de la tumba, pero ella no encontrará nada de nuevo en él.

## XV

Juan Mastai era un hidalgo romano. Sirvió primero en el cuerpo de guardias nobles; pero tuvo un día un ataque de epilepsia; tomó las órdenes, y se fué á predicar en las Pampas Americanas, con el objeto de cambiar de aires en favor de su salud.

Llegó á ser, más tarde, director de hospital, prelado, obispo, arzobispo y cardenal, y un azar de escrutinio hizo de él, en el mes de mayo de 1846 el papa que debía ser el enterrador del papado.

No es que Pío IX haya sido el mismo hombre sobre la Santa silla. Hubo á lo menos dos papas en él, y el segundo ha sido el renegado del primero. El primero empezó por ser un beato de liberalismo. El no podía comprender porqué el pueblo romano tocaba serenatas al pié de sus ventanas, y arrojaba flores á su paso; y fueron necesarios ramilletes de flores á montones, y sonatas de bulliciosa armonía para que Roma creyese realizada lo que ella llamaba, su revolución amorosa.

Cuando después de la revolución de febrero, todos los tronos temblaban ó se conmovían en

Europa, la Italia, de un extremo al otro de la península, lanzó su grito de guerra contra el Austria. «Fuera de aquí el extranjero.»

Pío IX agarró con las dos manos la campana de la Iglesia de San Pedro, y fué el primero que tocó el somatén de la guerra de la independencia: pero una vez empeñado el combate, Pío IX retiró sus tropas del fuego diciendo, «la Iglesia tiene horror á la sangre.»

Rossi pagó con su vida la defección del Santo Padre. Pío IX no podía ya reinar sobre un pueblo que destituía un ministro con una puñalada, y podía emplear el mismo proceder respecto del soberano. Poseído de un sentimiento de humildad cristiana, seguramente meritorio, teme ceder á la demasiado gloriosa tentación del martirio. ¡Valor, Santo Padre! Hé aquí llegado el momento de huir: y en efecto; el día siguiente protegido por las sombras de la noche, Pío IX se escapaba, á brida suelta, por el camino de las ciénegas pontinas, con un sombrero redondo en la cabeza, y levita á la última moda, dando el brazo á la condesa de Spaur, que se hallaba llena de emoción al ver un papa disfrazado de burgués.

Algunos meses después, Luis Bonaparte lo restituyó á su capital, y al regresar, con el labio tembloroso de cólera, por la brecha aun humeante del asalto dado por el ejército francés, publicó una lista de proscripción bajo el seudónimo de amnistía. El verdugo estaba de plácemes: porque se le proveía de lo que necesitaba.

Llegó un día, entre otros, en que una mascarada de penitentes negros llevaba el ejecutor

dos romanos para decapitar. Estos marchaban al suplicio en medio de dos monjes que á cada instante les presentaban un crucifijo á besar.

El primero que subió á la plataforma pasó la cabeza por el hueco mortífero; el ejecutor aflojó una cuerda, y el hacha cayó. Pero cuando llegó su turno al segudo, la cuchilla llenó mal su función, y la cabeza, después del corte, quedó adherida al cuerpo, siendo necesario que el verdugo acabase de desprenderla con su hacha. Había, durante este tiempo, en el interior de un oratorio del Vaticano, un anciano vestido de raso blanco que murmuraba una oración, de rodillas, ante el santo copón por la salvación de los dos condenados.

Ellos estaban acusados de conspiradores, por haber pretendido hacer saltar un cuartel; se les había mantenido durante un año aprisionados, y después de haberlos juzgado en secreto, se les había guillotinado en público.

Aunque estuviese probado que la justicia social tenga el derecho de hacer derramar la sangre de las venas del asesino, hay un gobierno en el mundo, uno sólo que jamás tendría el derecho de invocar esa ley del Talión: y ese es el gobierno de Roma, mitad juez, y mitad confesor, y por tal motivo, producto de la esencia misma del catolicismo, donde es ley suprema, que en el cadalso no puede inmolarse á un criminal, sin darse un desmentís al confesionario.

¡Y, qué! Vos, sacerdote al mismo tiempo que soberano, habéis entregado á un tribunal reservado, un reo del crimen más odioso que comprendáis; ese tribunal lo condena á muerte, y antes de ejecutar la sentencia, os acordáis,

vos, sacerdote, que ese hombre tiene un alma y que debéis rescatarla de su crimen antes de expedirla para el suplicio; y con esta idea piadosa, para obedecer á vuestra doctrina, suspendéis la marcha fúnebre que conduce vuestro condenado á la guillotina, mandáis que se haga *alto* delante de la capilla del *Consuelo*, donde lo hacéis entrar, y encuentra un monje que lo confiesa y le da la comunión.

A partir de aquel momento, ya no es ese hombre criminal; es un sér purificado por la absolución y por consecuencia, inocente; y para que nadie pueda dudar de ello, dáis al paciente la Eucaristia; y apenas la ha recibido cuando volvéis á pasarlo, de mano á mano, del confesor al verdugo; del confesor que acaba de absolverlo al verdugo que va á matarlo. Y todavía lo enviáis, con la hostia aún fresca, ¡la hostia! oís; es decir, vuestro propio Dios en los labios, á preguntar á ese mismo Dios la explicación de esa justicia en sentido tan contrario, que no perdona sino para inmolar.

Vos habéis absuelto á ese hombre no hay más que un segundo; ¡y ahora, cuando lo matáis, sacrificáis á un inocente, y cometéis á vuestra vez, el crimen de que le habíais acusado! Y durante aquel espacio, se hallaba en un oratorio del Vaticano un anciano revestido de raso blanco pareciendo que rogaba de rodillas ante un santo copón...

El anciano era Pío IX: al principio de su reinado él no era sino Mastai, porque no había tenido tiempo de despojar al hombre viejo; pero después que desempeñó por algunos años el oficio de vicario de Cristo ese cualquiera, era

algo sobrenatural que no tenía ya nada de humano; y desde entonces no se perteneció más, se entregó á su Pontificado, dejó caer su tiara sobre sus ojos, marchó sin saber á donde iba. *Ibat obscurus per umbras*, sondeaba su ruta con el pié, y á cada paso sentía que le faltaba la firmeza del suelo.

El Piamonte pide el auxilio de la espada de la Francia para conquistar la independenciam de la Italia; la conquista sin el papa, y á pesar del papa que llamaba desde el fondo de su corazón las bendiciones de lo Alto en favor de la bandera de Austria.

La Italia que no había sido hasta entonces sino *una expresión de geografía*, según Metternich, existió al fin en estado de nación, y no queda ya más que el recinto de los Estados del Papa que sea refractario á la unidad de la patria; pero la población aprisionada en el reino de San Pedro, y gobernada á planazos de sable, en nombre del Dios de mansedumbre, procura forzar las rejas de su cárcel.

Perouse inicia el ejemplo de la emancipación; y Pío IX que decía tener horror á la sangre, cuando fué necesario verter la sangre austriaca lanzó un ejército suizo sobre Perouse, y el general Smith ejecutó una espantosa matanza pontifical en la ciudad, culpable sólo de patriotismo.

Pío IX pretendió, á todo trance, mantener bajo su dominio el reino temporal, fundado en gran parte por César Borgia; pero la Italia libre lo envuelve por todos lados y lo estrecha más y más. La corte de Roma enganchó á un general bretón de quien un accidente que tenía por ob-

jeto una readquisición religiosa, hubo de formar el *condottiero* (1) de la Iglesia.

La desbandada del ejército Pontifical al primer cañonazo de la batalla de Castelfidardo, no deja ya otra cosa al papa que la posesión de Roma y de su extensión topográfica, siendo todavía necesario que la Francia imperial mantuviese una guarnición en el Castillo de San Angelo para que el sacerdote rey apareciera con algún simulacro de soberanía.

Pío IX estaba todavía en aptitud de tratar y obtener alguna compensación; pero el soberano se sobrepuso con su soberbia al papa, y exigió su pan de tierra todo entero, porque tenía la ilusión de creer que la Iglesia romana era indispensable á la Italia. Y en efecto; el pueblo italiano, niño mimado de la naturaleza, educado á la sombra del bello cielo y en la atmósfera voluptuosa del Mediodía, ha hecho de la religión católica una segunda Italia interior. El pueblo tiene una necesidad física de ella, como de la brisa suave de su patria; y sin tener precisamente creencia, ni experimentar la curiosidad de ninguna cuestión de teología, se encanta, no obstante, con el ceremonial pagano de la Iglesia. El bandido de la Calabria lleva un rosario en la cintura y de tiempo en tiempo trata de robar á un monje para forzarlo, con la pistola al pecho, á que reciba su confesión.

No hay una italiana generosa con su cuerpo, que no tenga una imagen de la Virgen colgada

(1) Capitán de bandas mercenarias de Italia.  
—N. del T.

en la cabecera de su cama, y solamente, en gracia del pecado, coloca un velo sobre el rostro de la buena imagen.

El papa confiaba en una reacción de la piedad, y pensaba que Italia sin su égida caería muy pronto en la nostalgia de la religión. No veía que la piedad había desaparecido desde el día en que llamó al extranjero en socorro del papado; y mientras más sentía fundirse su poder temporal en sus manos, procuraba aumentar su poder espiritual para reembolsarse de la pérdida de su reino, como si quisiese tomar del cielo lo que le había quitado la tierra. Y fué en uno de esos momentos de convulsión de espíritu, demasiado frecuentes en él, cuando fulminó la bula *Quanta cura* completada por la apostilla del *Syllabus*.

Dos años después, convocó el Concilio del Vaticano, que hizo reunir para sus sesiones en una sala donde el auditorio no podía oír al orador. Mientras menos se oye, mejor se comprende: la discusión no puede sinó trastornar los espíritus, y por tanto, nada de discusión, y sobre todo, proscrita la libertad en el debate. *Placet aut non placet*. El papa lo ordena. *Placet*, respondió el Concilio, no á unanimidad como lo exige la tradición, sinó á mayoría; y Pío IX había tenido el cuidado de fabricarla de antemano con prelados de pacotilla que se titulaban vicarios apostólicos.

Tal resultó la infalibilidad: pero ¿qué fué lo que hizo de su infalibilidad? La usó inmediatamente para confirmar el nuevo dogma de la *Inmaculada Concepción*, este primer cuartel de divinidad dado á la diosa, en vía de formación,

de la Virgen María; como también, y principalmente para elevar la bula *Quanta cura* y su apéndice el *Syllabus* al rango de esas verdades tardías, tal vez, pero incontestables que todo buen católico debe creer so pena de condenación.

Aquel día entró el catolicismo en agonía, después de haber tomado al jesuitismo por enfermero,

## XVI

Cuando el viajero se dirige de Florencia á Roma por el camino de Siena, atraviesa en la frontera de Toscana un torrente seco por debajo de los arcos destrozados de un antiguo puente romano. Entra en los estados de la Iglesia por la puerta de una ruina, y empieza inmediatamente el desierto, para no terminar sinó en Roma, y volver á principiar más allá de Roma hasta el monte Albano.

El *malaria* tiene establecido allí su cuartel general, desde el mes de julio hasta el de octubre. Los hombres mueren en ese lugar de una estación á la otra: las mujeres siguen la misma suerte después de haber engendrado entre ambos accesos, hijos destinados á morir, como ellos, del veneno del Maremma (1).

Mientras más se penetra en el vacío hasta perder de vista el *Agro Romano*, más parece que la naturaleza se agota y que se está próximo á morir de consunción. Por todo lo largo del camino, y

---

(1) Territorio muy mal sano de la Toscana en Italia.—N. del T.